

*Angelina Muñiz Huberman*

*De los cuatros muleros  
que van al río  
el de la mula torda  
es mi marido.*

*Ay, que me he equivocado  
que el de la mula torda  
es mi cuñado.*

(Canción popular andaluza)

Conoció primero al cuñado y pensó que se casaría con él. Empezó a escribirle cartas que nunca le envió. Su primer encuentro había sido en el Museo de Arte Moderno, ante un cuadro de Remedios Varo: el de los amantes que se separan y cada uno se va por su camino mientras sus sombras permanecen enlazadas.

Ante el cuadro empezaron a decir unas palabras, pocas, pero que los unieron. Luego se miraron. De manera natural, como si el mundo acabara de ser creado. Como algo que se acepta porque así debe ser. Sin preguntas, sin dudas. Pero nada más.

Luego conoció al hermano y pensó lo mismo, que se casaría con él. Empezó a escribirle cartas que nunca le envió. Fueron al Museo de Arte Moderno y se detuvieron ante el cuadro de Remedios Varo. Y pasó lo mismo. Pero algo más. Algo más que hizo que fueran ellos los elegidos. El otro quedó siendo el otro: el cuñado.

Durante un año salieron juntos los tres. Eran tres y eran uno. Indisolubles. Enlazados. No regresaron al Museo de Arte Moderno.

Un día los elegidos se casaron y el cuñado seguía acompañándolos. Veían las mismas películas, de Ingmar Bergman, de Godard, de Rohmer, de

Chabrol, de Buñuel y las rusas *Cuando pasan las cigüeñas*, *Andrei Rublov*. Si tenían dinero iban a cenar algo, si no comían lo que hubiera en la casa. Después oían en el tocadiscos Garrard que habían recibido de regalo de bodas, las seis suites para cello de Bach, tocadas por Pablo Casals. Las oían una y otra vez, esperando a reunir dinero para comprarse otros discos.

Hasta que el cuñado se dio cuenta que no soportaba no haber sido el elegido y decidió irse lejos, fuera del país, a cualquier lugar. Esta vez sí hubo cartas que leían juntos el matrimonio, pero era ella quien las contestaba y las enviaba.

Ella empezó a notar el parecido entre los dos hermanos que los hacía casi gemelos. Tono de voz, sonrisa, los mismos recuerdos familiares. Como si fueran uno solo. Cuando yacían juntos les pertenecía la misma cara y no sabía si era él o su cuñado quien acariciaba sus pechos y excitaba sus pezones. Tenía que repetirse que el otro estaba lejos. ¿Y si no?

¿Qué contaba el cuñado en sus cartas? Sus diferentes oficios, su constante vagar, sus inquietudes, su defensa de los necesitados. No permanecía mucho tiempo en un lugar. Y entonces,

ella le escribía que regresara.

Pero, en vano. Él no pensaba regresar y fue espaciando sus cartas. Poco a poco dejaron de saber de él. Casi no lo mencionaban. Parecía que se olvidaban. Hasta que ocurrió lo contrario. Imaginar qué habría sido de él dio pie a todo tipo de absurdas hipótesis. Tal vez se encontraba en algún país de África, por ejemplo, en Mauritania y se habría unido a los médicos sin fronteras para mejorar las condiciones de vida y de salud de la población. Podría ser que el ejemplo de Albert Schweitzer le hubiera llevado a buscar no un órgano sino algún piano, aunque fuera destartado y desafinado, para tocar las invenciones y las fugas de Bach a quienes sólo habían conocido el ritmo de los tambores y el silbido de las flechas.

O, tal vez, se habría internado en la selva amazónica y estuviera perdido dando vueltas en círculos. O formaba parte de una tribu y tendría su propia familia para la que saldría a pescar y a cazar cada día.

O se encontraba en Alaska trabajando en una compañía petrolera marina, incomunicado durante meses. O vivía con los esquimales en un iglú, curtiendo pieles de oso y afilando puntas de flecha.

O estaba más cerca y se había ido a Cuba a participar en la revolución y estaba cortando caña.

¿Y si se encontraba en una histórica ciudad: en Gante, en Verona, en Oldenburg, y era un minucioso encuadernador o un afinador de pianos o un laudero?

Cualquier cosa los hacía inventar su vida y recrear su historia. Pero

las cartas seguían sin venir. Ella empezó a escribir a las direcciones antiguas y en un mes se las regresaban con el sello de destinatario desconocido. No le importó y siguió enviando cartas y más cartas, para recibirlas sin abrir una y otra vez. Entonces se le ocurrió inventar direcciones y, de pronto, las cartas dejaron de ser devueltas. Pero nunca recibió respuesta.

Ella y su marido empezaron a inventar otras historias e imaginaron que alguien lo suplantaba, que alguien empezaba a identificarse con el cuñado y que, algún día, contestaría las cartas. Así que no interrumpieron la correspondencia.





Su esperanza se vio premiada cuando el cartero trajo, por fin, una carta para ellos. Eran palabras extrañas, desesperadas. Con sentido y sin sentido. Podrían ser de él o del suplantador. Nunca lo supieron.

El paso siguiente era continuar con la correspondencia. Ella contestaba y pedía detalles para saber si se trataba del cuñado: el color de ojos, el pelo, las manos, una cicatriz en el muslo izquierdo. Las respuestas eran tan ambiguas que podrían ser de él o del suplantador. Se convirtió en un juego de inteligencias. En un ajedrez lento y a distancia con jugadas que nunca podían preverse ni tenían consecuencias.

Ella y su marido seguían oyendo las seis suites de Bach tocadas por Casals y acompañadas de esa especie de sonido ancestral, de arrullo, que salía de las entrañas del chelista y que no sólo no podía reprimir sino que era un canto delirante a la música. Era el sonido más primitivo que existe para la emoción pura. Cuando el primer hombre descubrió que sus cuerdas vocales eran música en sí, antes de la palabra. Que el espacio y el tiempo eran uno solo. Que el cuerpo era ritmo y esencia: espíritu absoluto. Cuando aún el hombre era capaz

**Angelina Muñiz Huberman** es poeta, narradora, ensayista; traducida a varios idiomas. Catedrática titular de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad Nacional Autónoma de México). Pertenece al Sistema Nacional de Creadores de Arte. Premios: Universidad Nacional, Xavier Villaurrutia, Sor Juana Inés de la Cruz, Woman of Valor Award, entre otros.

de expresar lo inexpresable porque no existía la torpe y limitante palabra. Cuando el espíritu de Dios flotaba sobre los mares. Cuando el hombre era voz de pájaro.

Ese era el sonido arrullador de Casals y el sonido candente de su chelo y las notas celestes de Juan Sebastián Bach.

A veces, uno de ellos levantaba con cuidado, para no rayar el disco, la aguja de diamante y volvía a ponerla sobre el pasaje que quería oír de nuevo, una y otra vez.

Así pasaban las tardes, los días, las semanas, los años. Pero el tiempo no pasaba. La música se quedaba a solas.

El tiempo se les volvió sonido y dejaron de hablar del cuñado.

El día que habló por teléfono no reconocieron su voz. Siguieron pensando en el suplantador. Dijo que iba a llegar, no sabía cuándo, pero llegaría.

Se dedicaron a esperarlo. Le darían cabida en la casa. Prepararon un espacio para él, movieron muebles, sacudieron el polvo, lavaron las cortinas y por fin le dieron la mejor habitación. Era el hermano pródigo. El cuñado pródigo. El bienamado.

El polvo volvió a acumularse. Las noticias se interrumpieron. Había dicho que llegaría hacia el otoño. Pero ¿qué otoño? Dejó de importarles aunque guardaron su habitación y limpiaron el polvo. Mientras el tocadiscos seguía sonando, fiel, imperturbable.

Adquirieron la costumbre de ir al aeropuerto de vez en vez, fuera otoño o no. Algún día se aparecería y querían estar allí.

Ella se quedaba en el mirador escudriñando los pasajeros. El marido bajaba a buscarlo. Fueron dos entre la multitud los que destacaron. Los dos se fundieron en uno y ella no supo quién era el marido y quién era el cuñado.

Fueron sólo una página, un párrafo, una línea, una palabra, un sonido en el gran libro de equívocos de la historia.

## ERA ENERO

*Liza Rosa Bustos*

Para Rita García

La plaza hervía de pájaros y gente, todos disfrutando por igual de un adelanto grato de un par de rayos de sol que nadie se esperaba. Dos mujeres conversaban haciendo caso omiso al paisaje. La mujer de marrón atacaba con preguntas a una más joven de negro que respondía con cierto desgano.

¿Viene usted aquí siempre?

A veces

Es fácil llegar a este parque, por eso cuando hay sol, llegan todos.—La mujer de negro miró el reloj de reojo. Pareció calmarse al ocupar con sonrisas de mala gana el silencio dejado por la mujer de marrón que afanosamente se aferraba a la conversación.

Usted no tiene cara conocida. Yo siempre vengo y no la había visto antes, ¿espera al novio?

Espero a alguien a quien desconozco.

¡ah!

Bueno, digamos que conozco pero, no realmente.

¿Alguien con quien se ha quedado de juntar?

Sí, y que con toda esta gente se me va a hacer difícil hallar. No dijimos en qué lado del parque, olvidamos el color de ropa ¿sabe? En mala hora dijimos Washington Square, este parque es grande.

¿Y cómo es ella?

Caminada amplia, tacones rojos, sonrisa exuberante y a juzgar por su carácter, debería llegar algo tarde.

¿No dijo usted que no la conocía? ¿Cómo es que sabe tanto de ella?

La mujer de marrón despidió una ráfaga de ironía que la mujer de negro deshizo y devolvió certera.

El marido me contó de ella.

¿Este, su marido?

No, el de ella.

¡Ah! Él le contó a usted de ella.

A veces me miro a mí misma y me siento que soy todas ellas. Me siento pesada, espesa. ¿sabe? Se me ocurre que voy recolectando a todas las mujeres del mundo, sus manías, sus hobbies, su ropa y hasta su forma de caminar.

El cuerpo de la mujer de marrón se esquivó hacia atrás en un acto reflejo. Había destapado una olla de sentimientos ajenos, una que no se sentía cómoda de oler. Miró al espacio llevándose el índice a la boca para masticar un pedazo de uña pero no encontró ninguno, luego para desentenderse del gesto vacío disparó el índice hacia el espacio.

¿Será ésa la mujer que busca? ¿la de la boina roja fumando allá cerca de la pileta?

No. Tiene que ser ansiosa. Así como que busca. Además, es de mi contextura, solo que un poco más alta y de senos voluptuosos. ¡Ah!



Y le gustan los gatos.

La mujer de marrón se aprontó a levantarse y despedirse para iniciar una disimulada retirada, pero cambió de opinión. Pensó que si se levantaba o fingía algún contratiempo para esfumarse, se traicionaba a ella misma y a todas las mujeres con quienes ella había destapado su propia olla. Prefirió esperar y convertirse en campo abierto de las confidencias que la mujer de negro se aprontaba a espolvorear.

La primera vez fue diez años atrás ¿sabe? Después de hacer el amor toda la noche, él me la explicó lánguida e insegura, enfermizamente apegada a él y casi transparente. Me la dibujó rubia, delgada y casi volátil, sinopsis que yo comprobé al ver su fotografía en la pared. Cuando él se levantaba a servirme un expreso, me levantaba yo con él a observarle los gestos a ella a través del papel, a imaginármela hablando y a escuchar su argumento mudo. Hablamos de sus manías, no las de él sino las de ella. Hablamos también de la idea que él tenía de no comprometerse más que con su trabajo y sus proyectos. Incluso hablamos del dolor de verla partir para reemplazarla por su carrera, que le daba más satisfacciones que ella.

¿Será esa?, ¿la de los patines?

No. Ella no es atlética, sino que fugaz, fuerte y algo bohemia.

Él buscaba un escape que por un rato llevó mi nombre, a través del cual yo la conocí a ella, me empapé de sus relatos, de su sutileza. Mientras ambos la construíamos con palabras, la derrumbábamos con nuestros eventos.

¿Será ésa la que busca?

¿La rubia de gafas?

No. Le vuelvo a repetir que es morena.

La cosa es que muy pronto volvimos ambos a la realidad. Yo me quedé con la imagen de ambos. La de él estaba completa con un cuerpo, una mente, una voz. La de ella se convirtió en un enigma.

Ah, pues mire usted.

No tuve que buscarla. Nos presentó nuestro jefe tres meses más tarde. La traspasé con mi

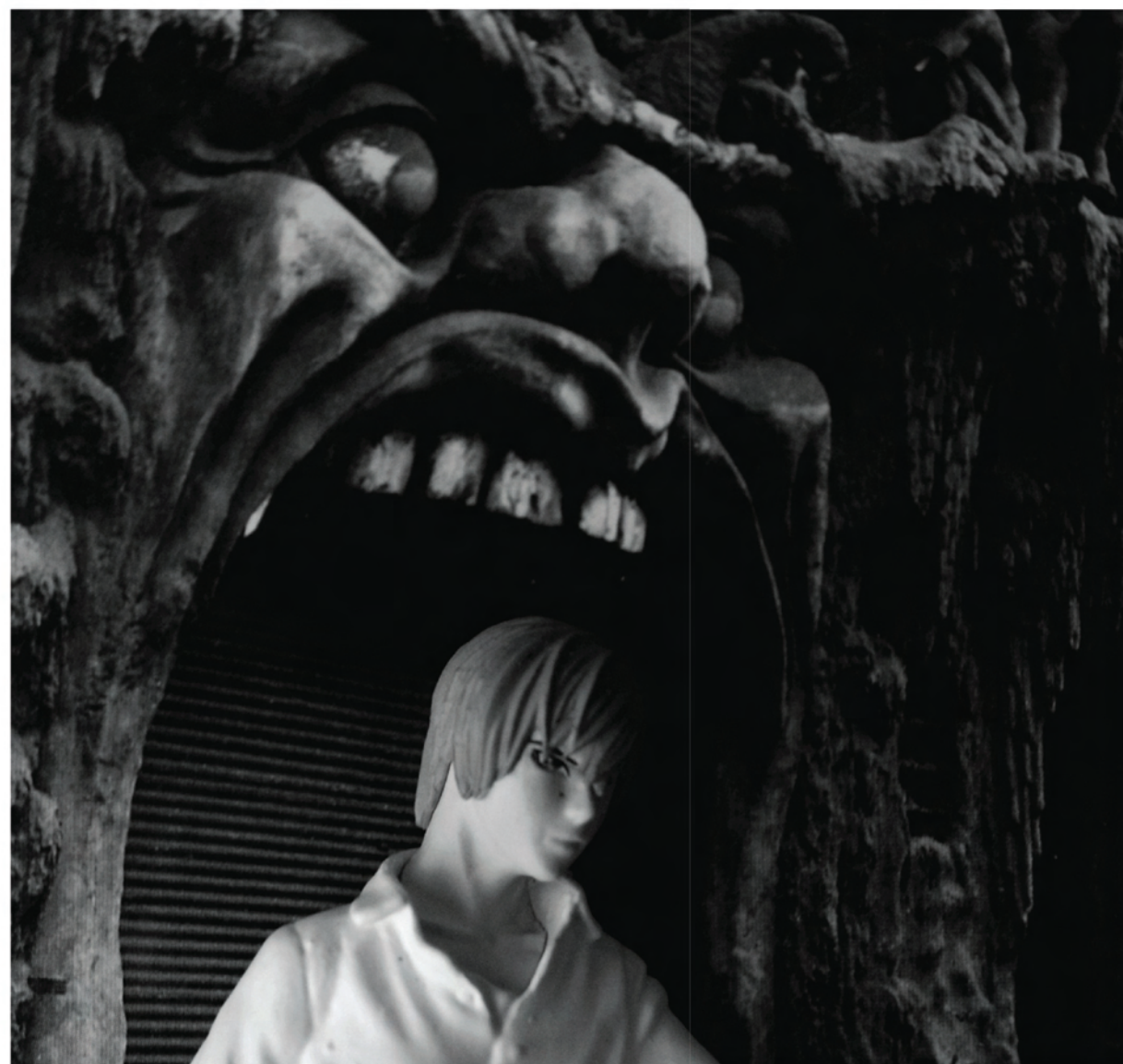
familiaridad, ¿sabe? Me es imposible fingir no conocer a aquellos que ya conozco.

Pero estaban ellos juntos?

No sé. Lo último que supe de ella fue de como lloraba por nuestros eventos, por la caída de telones que nos desnudaban a él y a mí, del ocaso de los tres, escabroso por cierto, hasta el día en que la encontré.

¿Pero cómo lo buscó? ¿como en la película? ¿con detectives privados?

No fue difícil. Esta ciudad es amplia, generosa de gente, pero dado el mezquino espacio, a veces como que nos apelmaza. De alguna manera se las arregla para juntar a las personas con las que en algún momento nos hemos relacionado. Con una inteligible dinámica, las personas conocidas se nos



aparecen y desaparecen de las veredas como los payasitos que emergen de las cajas de sorpresas. Nadie se le arranca a nadie en Nueva York. No porque no se quiere sino porque no se puede.

¿Será ésa? ¿La de pantalones verdes?

No. Se ve muy tímida y ésta es muy extrovertida. ¿Ve cómo agacha la cabeza mientras la miramos a los ojos? Ella no haría eso. Según mis cálculos, debería aparecer algo tarde, con media hora de retraso aproximadamente por la esquina este del arco, allá desde ese extremo. Disimuladamente estará sonriéndole al mundo y buscándome, tal como la busco a ella.

¿Pero qué pasó con la otra, la rubia del trabajo?

Cuando supe su nombre, mis ojos se llenaron de luz, pero los de ella se ennegrecieron. Pude percibir el dolor al retroceder los eventos que aún no dejaban de dolerle. Fue como si la hubiesen cabeceado contra una pantalla de televisión. Parecía una niña ella, algo asustada y escurridiza, casi pubertosa y por cierto, la secretaria principal del bufete que me había contratado. Jamás me voy a olvidar de ese día. Me sentí tan vieja e interminable, conociéndola

íntegra por el patio de atrás.

¿Y qué pasó? ¿Hablaron? ¿Le reclamó algo?

No tuve tiempo de escucharla mucho. Estaba demasiado obsesionada con hacerla feliz. A partir de ese día no deseé nada más en el mundo que su sonrisa. Más de alguna vez y a expresa petición suya nos sentamos a comparar notas más que nada para alimentar sentimientos de cualquier índole. Ella parecía estar en el plan de las mujeres despechadas, lo que la hacía verse aún más cándida, más desnuda de posturas y actitudes. Yo por mi lado sentía que ella venía a darle la última pincelada a un cuadro que había dado por inconcluso y que comenzaba, gracias a ella, una pintura diferente de mil colores y posibilidades.

¿Y le dijo ella si estaban ellos juntos?

No importaba mucho. No quise hacer preguntas indiscretas, pero ella parecía deleitar su dolor con una morbosidad por la que se disculpaba demasiado. A veces, entre reuniones me escribía en los tacos de stick fix notitas preguntándome desde cuántas veces hacíamos el amor hasta si habíamos tomado vino francés la primera





noche que nos acostamos. Al principio me negué terminantemente a su pedido, pero como a poco sucumbí a mi propio silencio porque sabía que de algún modo si accedía a sus caprichos, la haría yo feliz. Comencé a pedirle a cambio que me retratara su relación con él, buscando la forma de conectarlos a ambos con la realidad...de los primeros días cuando estaban juntos. Cuando este tipo de cosas suceden, uno busca la hermandad con lo físico para no perder la cuenta con el mundo. Es algo así como tocarse el pecho, sentirlo hincharse para ver que se respira, que se está vivo. Mire usted, debe ser ella.

La mujer de marrón tuvo que arrugar la vista para penetrar el paisaje y diferenciarla nítidamente del gentío. El cielo rojo reventaba en las ventanas de los rascacielos que rodeaban la plaza otorgándole un aspecto lunar y los edificios eran estalagmitas cercando a una planicie, quizá preludio geográfico de un volcán.

Espera usted, ¿Cuál? ¿Es morena, mulata o negra? porque ésta es negra. ¿Le contó su novio de qué raza era?

No. ¿A ver? No, la verdad, no creo que sea ella. Tiene el mismo pelo tumultuoso, pero no parece estar buscando a nadie. Se supone que ella debería estar buscando a mí. En caso de que sea, por favor mírela usted y asegúrese de que no se nos pierda de vista.

Sí, claro. Pero dígame, ¿qué pasó con la otra, la rubia del trabajo?

Que la quise como jamás quise a nadie. Con las ganas que tienen las gentes de hacer feliz a la otra persona. Tal vez por eso ella ya no se me va a olvidar. Sabía qué tipo de música le gustaba, qué tipos de flores prefería, qué libros leía, así que llegaba a diario con regalitos, boberías a las que se acostumbró, a las que ambas nos acostumbramos. Cada mañana le explicaba lo bella que era, del material especial del

que estaba hecha, hasta que caí presa de mis comentarios y mi búsqueda de su felicidad. No fue difícil amarla a ella como tampoco fue difícil amarlo a él. A veces, cuando los seres andan despellejados por el mundo, despellejados por los hastíos humanos, es fácil completar con nuestras medias pasiones lo que ellos carecen.

¿Y por dónde anda ella ahora?

Pensé que sería algo eterno. Se estaba dando tan nuestro, pero de pronto todo sucumbió a los caprichos propios del amor. Un día le advertí un par de mentirillas que sacó para no verme. Otra vez me dio un par de excusas vagas para no pasar la noche en mi casa, excusas que en mi calidad de mujer yo ya había fabricado antes para hombres y por lo tanto me sonaban más que conocidas. Pasaban los días de la desesperanza en los que tenía que conformarme con ir al trabajo para poder verla. Un día sucedió lo peor. Me citó en un restaurante y mientras comíamos su plato favorito, me agradeció por sacarla de la depresión y me dejó saber felizmente, que ya estaba recuperada, que había conocido a un tipo que trabajaba en proyectos de cine europeo. Creo que estudiaba o enseñaba. No sé. Fue el fin.

Mire usted. Se nos va la morenita, la bella.- La mujer de marrón parpadeó, sintió un peso, un cuero pesado sobre los párpados.- Quiero decir, la señorita morena que usted tanto busca.

No creo que fuera ella. Se hubiese quedado a esperarme. Ella es muy curiosa, ¿sabe? Ama la vida. He intentado repetir situaciones pasadas con la esperanza de poder llegar a sentir lo mismo. Pero no he tenido mucha suerte o será por el contrario, que he tenido demasiada. Los eventos no se repiten dos veces. Podría eso considerarse una bendición o un miserable capricho de la vida. La primera vez fue fácil hacerlo no sabiendo exactamente lo que me esperaba. Fue fácil hablarle a él, encontrarla a ella. Estaba la suerte y la desdicha de un primer juego. Pero hoy la cosa se complica cada vez más en mis

planes y proyectos.

No la entiendo, ¿a qué se refiere?

Que siempre busco amantes casados o comprometidos, busco y luego reciclo los retazos de cariño que sobran de sus relaciones. Muchos acostumbran a dejarse vencer por la realidad y fabrican mentiras para ganarse algo que sin saber, van perdiendo. Antes les preguntaba si tenían novia después de que hacíamos el amor, pero esto daba lugar a malos entendidos, especialmente después de la película de Michael Douglas y la de Glenn Close, ¿se acuerda?

Cómo no, ¿la de la sinvergüenza que se involucra con un tipo casado? ¿Esa que se vuelve psicópata?

Sí. Antes, mis amantes temerosos o alucinados por el evento mentían o contestaban con evasivas, lo que me llevaba tarde o temprano, aburrida de sus mañas, a concluir el idilio. Hoy les digo que apenas los conozco, y entretenidos por el condimento de la clandestinidad, entablamos una relación casual que dura generalmente hasta que yo doy con el paradero de ella. Aprovecho la racha de odio que ella siente o aprovecho el alejamiento que se ha producido por mis encuentros con él. Juego siempre a lo mismo, a hacerlas inmensamente felices, tal como la primera vez.

¿Se presenta usted como una amiga?, ¿les cuenta del marido?

No es difícil acercarme a ellas. Es mi trabajo. Soy abogada y tramito divorcios.

Invento situaciones, manejo expectativas. Jamás hubiese imaginado siquiera una posición más ventajosa. En un principio, todos los hombres con quienes he salido son discretos. Pero más tarde, relajados por la confianza que da la sinceridad, comienzan a revelarme la identidad de sus parejas. Pregunto. Entonces me entero de todo. Luego veo las películas que ellas han visto, escucho la música que ellas han escuchado, frecuento los lugares que ellas han frecuentado. La última mujer, Celia, pintaba cerámicas, asistía a la ópera y le gustaba cenar mariscos en los restaurancillos del barrio chino. Hubiese visto usted la sorpresa al conocerme



en uno de aquellos restaurantes leyendo el libro que ella estaba leyendo y enterarse que había ido al Met dos veces a ver *Madame Butterfly*.

La morenita que viene es la mujer de mi último amante. La vi en una fotografía cuando él pagó la última cena, usted sabe. La llamé por teléfono explicándole que era la abogada de su marido. Fue cordial y aceptó verme. Estoy ansiosa por conocerla. Está llena de vida y energía y le gustan los gatos, animales que a mí me vuelven loca. Siento que va a nacer algo increíble. Qué raro que no llega.

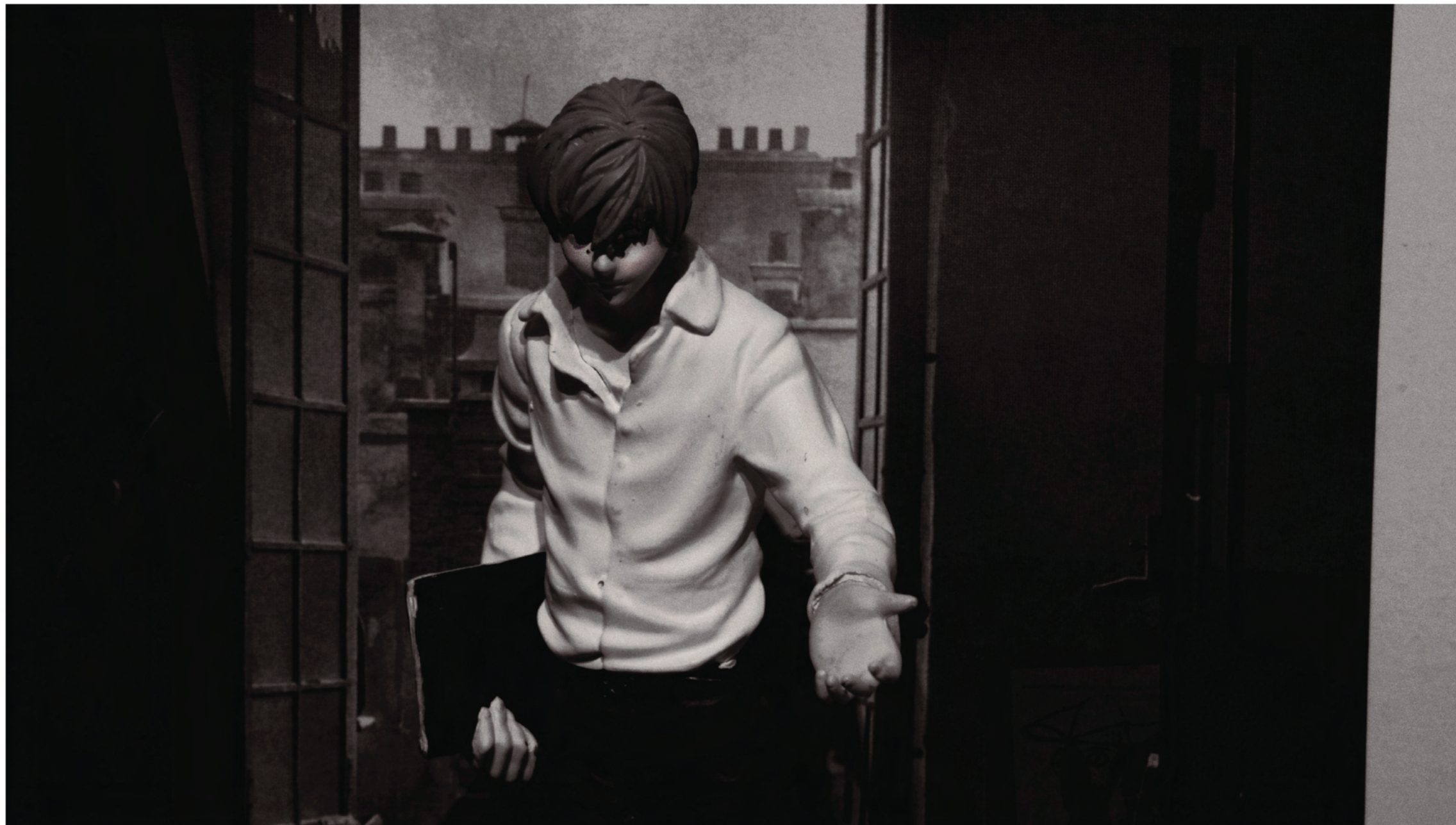
¿A qué hora dijo que vendría?

A las cuatro menos cuarto. Debe andar por aquí. Aprendí a reconocer a través del cuerpo de él. A ver si se aparece mientras conversamos. Como soy mujer, sé bien lo que les gusta. No es difícil conquistar corazones despedazados por la desilusión, el abandono o simplemente la erosión de lo cotidiano, lo banal. Probablemente nos vio conversar y pensó que yo no buscaba a nadie. Qué contratiempo. Debimos haber fijado un lugar más concreto, la pileta, el arco, no sé.

La mujer de marrón entendió el mensaje. Miles de preguntas se le quedaban atascadas en la garganta, pero era imperioso salir de allí y dejar correr los eventos tal y como los había encontrado. Lamentó un poco no poder quedarse más rato a esperar a la morena que se moría de

ganas de conocer. Acto seguido y sintiéndose segura de la descripción de alguien que jamás apareció, caminó hacia el este del parque. Allí estaba ella. Tenía que ser ella. Escondida por malabaristas, patinadores y transeúntes, y en el arco estaba una mulata exuberante que sonreía al mundo encaramada en unos tacones rojos que no parecían darle molestia alguna. La mujer de marrón la miró y admiró desde lejos. Sin reparos, la buscada se le acercó y estrepitosamente le salió al encuentro.

Disculpe usted, busco a un gatito pequeño que se me perdió. Es negro con motas marrones y lleva una



campanilla roja atada al cuello, ¿podría, dama, ser tan amable de ayudarme a encontrarlo?

La mujer de piel canela pareció solidarizar. Se repasó rápidamente los labios con un rouge de marca desconocida y ambas iniciaron la búsqueda, abandonando lo que parecía haber sido una larga e infructuosa espera. Oscurecía. El sol porfiado pero efímero de enero se colaba débil por las ventanas de los edificios inundándolo todo con los últimos destellos de luz.

**Liza Rosas Bustos** es chilena y reside en Nueva York. Ha colaborado para el periódico literario *Puente Latino* de Nueva York y formó parte del Espacio de Escritores del Bronx Writer's Corps. Se desempeñó como periodista y traductora en el periódico neoyorquino, *Hoy*. Cuentos suyos han aparecido en las revistas *Hybrido* (Departamento de Español en City University of New York), *Conciencia* (Universidad de Nueva York) y *Letralia*. Es estudiante doctoral de Literatura Hispánica en el Graduate Center, CUNY.